

EL VINCULO ENTRE METAS DE DESARROLLO Y PROBLEMAS ECOLOGICO-DEMOGRAFICOS EN AMERICA LATINA A LA LUZ DEL DEBATE POLITICO (1950-1975)

Por H. C. F. MANSILLA

En los programas de los partidos políticos, en las declaraciones de la Iglesia católica y en las manifestaciones de las elites funcionales se hace notar una tendencia similar a subordinar la problemática ecológica y demográfica bajo los requerimientos del desarrollo acelerado, tendencia que parece ir en aumento permanentemente. Esta última corresponde a una relación ya conocida entre las metas normativas de desarrollo y los programas económicos, centrados preferentemente en problemas de la praxis: el carácter pre-lógico de la adopción de esos objetivos ha hecho superflua casi toda discusión sobre su deseabilidad y bondad a largo plazo, de modo que los debates se han restringido a la cuestión de cuáles son las medidas que pueden contribuir a hacer realidad, en forma rápida y eficiente, aquellas metas decididas *a priori*.

Un análisis somero de los programas de los partidos políticos (1) muestra las etapas que ha recorrido la conciencia colectiva bajo la influencia de los efectos de demostración, especialmente a partir de la adopción de valores y pautas de comportamiento, que corresponden igualmente a los períodos más recientes de la evolución metropolitana.

(1) Cfr. MIGUEL JARRÍN/JOHN D. MARTZ: *Latin American Political Thought and Ideology*, Chapel Hill, North Carolina Univ. Press, 1970; ALLAN ANGEL: «Party Systems in Latin America», en *Political Quarterly*, vol. 28, núm. 3 (julio-septiembre 1966); JEAN-PIERRE BERNARD y OTROS: *Tableau des partis politiques en Amérique du Sud.*, París, 1969. Cfr. también una bibliografía bastante exhaustiva: HARRY KANTOR: *Latin American Political Parties. A Bibliography*, Gainesville, University of Florida, Bibliographical Series 6, 1968.

En los programas de los partidos tradicionales de América Latina —conservadores y liberales— hasta 1950 más o menos, el peso principal residió en los aspectos político-ideológicos, educativos y de organización. Aun en los partidos reformistas y socialistas se podía constatar una preponderancia relativa de postulados políticos al lado de las exigencias de reforma agraria, justicia social y defensa del Estado nacional. Naturalmente que la consecución del progreso material ha sido una parte integral de estos programas, pero estaba formulada de un manera vaga y general. Si la industrialización era mencionada expresamente, quedaba reducida a la refinación y al tratamiento de materias primas. El fomento de la producción y la comercialización de las materias primas era el punto central de la programática industrial-económica. En aquellos programas de partidos políticos se buscaría vanamente toda mención a la problemática ecológica y toda mención positiva del incremento de la población como una precondition del desarrollo.

En los programas del período 1950-1975 y en las manifestaciones contemporáneas de los gobiernos, las consignas que fomentan la industria y los planes concretos de edificación de industrias ocupaban una situación francamente predominante. Tanto en los programas de partidos neoconservadores como en aquellos de proveniencia nacionalista o socialista, se podía advertir un claro desplazamiento de los aspectos ideológicos, doctrinarios y de naturaleza general política, en favor de elementos de política económica, que están dedicados a una modernización acelerada del conjunto de la sociedad. Los programas de los partidos adoptaron paulatinamente el carácter de un plan de desarrollo económico algo simplificado, pero dispuesto para varios años, intentando alcanzar la soberanía política y la independencia económica del respectivo país mediante la industrialización masiva.

La *economización de la política* parece ser un fenómeno muy generalizado. Precisamente en el terreno de las decisiones relativas a la conservación del medio ambiente se percibe desde entonces (prácticamente en todo el Tercer Mundo) una tendencia tácita a anteponer puntos de vista económicos de corto plazo a argumentaciones políticas de largo plazo; esta inclinación sirve igualmente para confundir justicia social con repartición de bienes y servicios y para reducir la libertad política a una libertad de consumo. (En todo caso, la economización de la política impide el conocimiento de que la libertad sólo puede realizarse en una esfera allende la economía, fuera del «reino de la necesidad» en la terminología engelsiana) (2).

(2) Cfr. el estudio de LOTHAR KRAMM: *Die politische Wissenschaft der bürgerlichen Gesellschaft. Eine Studie zur Anthropologie und politischen Theorie der Nationalökonomie* (La ciencia política de la sociedad civil. Un estudio sobre la antropología y la teoría política de la economía), Berlín Occidental, Duncker & Humblot, 1975.

La «Tesis política» del Partido Democrático Nacional, predecesor de Acción Democrática en Venezuela, denotaba una clara preponderancia de postulados políticos: reforma agraria, justicia social y defensa del Estado nacional eran los puntos clave y los que ocupaban más espacio dentro del programa. Ahí están consignadas las primeras críticas por la falta de industrias nacionales de transformación, pero sin proclamar aún soluciones industriales (3).

En el programa de 1962 se hace depender la construcción de la «Nueva Venezuela» del desarrollo de la industria nacional; la edificación de un orden social más justo va paralelo al desenvolvimiento de una industria «nacional estable y autónoma» (4). En el programa se puede comprobar también un notable énfasis en los principios de eficiencia y rentabilidad; una de las causas para proponer la reforma agraria es la baja productividad de los latifundios (5). El tenor general es una preocupación muy extensa por la «intensificación de la industrialización», unida a la exigencia de «industrias de transformación» (6).

El programa del mismo partido para 1973 propugna una intensificación del programa de industrialización, junto con un postulado correspondiente de proteccionismo arancelario; se admite además el papel creciente del Estado en el rubro de la planificación económica (7).

El programa para 1973 del partido demócrata-cristiano venezolano, COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), se manifiesta igualmente por una industrialización masiva, pero en términos más ambiguos (8), mientras que el Partido Comunista de Venezuela reclama una industrialización basada en las llamadas industrias fundamentales (9).

En México y en otros países con regímenes populistas y reformistas se ha dado un programa similar de fomento más o menos centralizado y sistemático de la industrialización y la modernización, que antes de la Segunda

(3) Tesis política del Partido Democrático Nacional (1959), en *Acción Democrática. Doctrina y programa*, Secretaría Nacional de Propaganda, Caracas, 1962, págs. 20, 42-51. Cfr. también JOHN D. MARTZ: *Acción Democrática. The Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*, Princeton Univ. Press, 1968; M. VICENTE MAGALLANES: *Partidos políticos venezolanos*, Caracas, 1959.

(4) *Acción Democrática*, op. cit., págs. 101 y 153.

(5) *Ibidem*, págs. 181-183.

(6) *Ibidem*, págs. 226 y sig. Cfr. R. BETANCOURT: *Posición y doctrina*, Caracas, 1959.

(7) Programa de Acción Democrática, en M. VICENTE MAGALLANES: *Cuatro partidos nacionales*, Caracas, s. e., 1973, págs. 15-17.

(8) Programa de COPEI, en *Cuatro partidos nacionales*, op. cit., pág. 71.

(9) Programa del Partido Comunista de Venezuela, en *ibidem*, pág. 102.

Guerra Mundial se perfilaba como un mero procesamiento de materias primas y la instalación de algunas plantas de manufacturas relativamente sencillas, unido mayormente a los postulados de autonomía estatal, justicia social y homogeneización del conjunto de la sociedad (10), y que después de 1945 se convirtió en un programa más centralizado en la construcción de la industria pesada nacional (11).

En Bolivia, antes de la Segunda Guerra Mundial, el programa del principal partido antisistema, el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), sólo contenía una discusión exhaustiva de política general, de cuestiones ideológicas, sociales y de la lucha de clases, pero muy poco espacio sobre el «progreso» y sin especificaciones industrialistas (12). La «Tesis económica» del PIR de 1956 ya proponía la industrialización en base a los productos mineros y la consecución de la autarquía a largo plazo (13); un programa posterior postulaba la plena «independencia de la economía nacional» y la «creación y fomento planificados de la industria liviana, sin perder de vista la industria pesada» (14).

El gran partido reformista boliviano, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), enfatizaba en su primer programa (1941) el fortalecimiento del Estado nacional, al cual toda la actividad, incluyendo la iniciativa privada, debería estar subordinada. Pero faltan aún las exigencias hacia la industrialización masiva y la autonomía económica (15), que aparecen ya en un texto programático de 1956. En él se explica que «el proceso normal de los países avanzados» ha sido impedido en Bolivia por «las grandes empresas monopolistas», siendo la industrialización y el Estado nacional poderoso las metas de tal proceso normal. Se estima que «la revolución nacional» permitirá simultáneamente el desarrollo económico adecuado y la justicia

(10) Programa de Acción del Partido Nacional Revolucionario para el período 1936-1937, México, s. e., 1936, págs. 11-28.

(11) Cfr. CHARLES CUMBERLAND: *México. The Struggle for Modernity*, Nueva York, 1968; KENNETH F. JOHNSON: *Mexican Democracy. A Critical View*, Boston, 1971; MANFRED MOLS: *Mexiko im 20. Jahrhundert. Politisches System, Regierungsprozess und politische Partizipation* (México en el siglo xx. Sistema político, proceso gubernamental y participación política), Paderborn/Viena/Zurich, Schöningh, 1981, págs. 193 y sigs.

(12) Programa del Partido de la Izquierda Revolucionaria. Declaración de Principios del PIR (1940), en *PIR y desarrollo nacional. Soluciones para los problemas nacionales*, La Paz, Gutenberg, 1961, págs. 26-50.

(13) Tesis económica del PIR (1956), en *ibidem*, págs. 126-129.

(14) Condiciones de la industrialización, en *ibidem*, pág. 194.

(15) Bases y principios del MNR (1941), en M. ROLÓN ANAYA: *Política y partidos en Bolivia*, La Paz, Juventud, 1966, pág. 274.

social (16). El «Programa Esquemático de Gobierno» del MNR de 1964 contiene ya una mayoría de puntos destinados a la problemática económica y a los aspectos de desarrollo y planeamiento, quedando muy reducida la parte doctrinaria y política (en sentido estricto) y la destinada a las libertades y derechos individuales. Los objetivos principales del programa son «la independencia económica de la nación» y la justicia social (17); «la industrialización constituye el único y verdadero camino de la liberación nacional», ya que «la tónica básicamente industrialista corresponde al desarrollo moderno» (18). «Todo país moderno debe plantear su destino en términos de una industrialización intensiva y competente. Esta política, en los países que han llegado tarde a la era industrial, ha de realizarse mediante un adecuado proteccionismo» (19). El programa propugna utilizar al máximo y en forma racional todos los factores de producción para obtener un desarrollo armónico y sostenido de la economía, el cual debe desembocar en un proceso industrial, localizable en «núcleos urbanos cada vez más grandes» (20). Finalmente, el programa anuncia que el nuevo gobierno debe «afrontar decididamente la expansión de la industria liviana y el avance hacia una industria pesada, que es un lógico e irrenunciable postulado revolucionario» (21). Los objetivos finales son los de cualquier programa de modernización: el mejoramiento de toda la infraestructura del país, la reducción y sustitución de las importaciones (tendencias a la autarquía), la intensificación de la soberanía nacional y la remodelación del Estado nacional, la mejora del sistema de seguridad social y la reafirmación del conjunto de la sociedad dentro de un marco de rentabilidad y eficacia.

Las mismas modificaciones pueden percibirse, más claramente aún, en los programas de un partido tradicional, ya sin la responsabilidad del poder político; la «tónica industrialista» es, sin duda, algo más que una concesión a las tendencias predominantes en el quehacer político: antes de ser una adaptación táctica para movilizar votantes es el testimonio de una transformación profunda realizada después de la Segunda Guerra Mundial en el ámbito de las metas a largo alcance. Los programas anteriores del Partido Liberal de Bolivia estaban centrados en torno a problemas eminentemente

(16) E. AYALA MERCADO: *¿Qué es la Revolución boliviana?*, La Paz, Burillo, 1956, págs. 33-37.

(17) Programa Esquemático del Gobierno del MNR (1964), en M. ROLÓN AYALA: *op. cit.*, págs. 287 y sig.

(18) *Ibidem*, pág. 291.

(19) *Ibidem*, pág. 293.

(20) *Ibidem*, pág. 294.

(21) *Ibidem*.

políticos, doctrinales e ideológicos; las libertades individuales, la educación, el régimen de la iniciativa privada y la organización de la sociedad en vista de la contención y reducción del poder estatal eran sus puntos más importantes. El Partido Liberal, totalmente empujeado y sin más importancia en la vida política del país, ha adoptado como suyas, sin embargo, las dos grandes metas de casi todos los partidos modernos: la industrialización y la consolidación del Estado (22).

Los partidos políticos bolivianos demuestran una notable unanimidad al propugnar incondicionalmente estos dos grandes objetivos, reduciéndose las diferencias entre ellos al terreno político en sentido estricto. El programa de principios del Partido Revolucionario de la Izquierda Nacionalista (1964) se fija como meta «la liberación nacional mediante el establecimiento de la industria pesada básica»; la burguesía es criticada primordialmente por no haber inducido un crecimiento económico acelerado (23). La tesis política del Partido Comunista de Bolivia (1964) sostiene que el país es atrasado, dependiente y sin industrias exclusivamente por estar dentro de la órbita capitalista; si los intereses norteamericanos, que frenan la industrialización, no estuviesen allí vigentes, el país ya hubiese caminado por la senda de la industrialización, supremo valor normativo (24). El Partido Social-Demócrata de Bolivia se manifiesta igualmente por un claro programa de desarrollo económico forzado, centrado en torno a un proceso de acumulación de capital, ayudado por el ahorro interno y las inversiones extranjeras, cuyo fin debe dar una auténtica industrialización en base a un sistema central de planificación (25). La declaración de principios del Partido Demócrata-Cristiano de Bolivia es también proclive a una ampliación del Estado nacional para el fomento de la industrialización, la cual estaría destinada a la sustitución paulatina de importaciones en todos los rubros (26). La concepción sobre la necesidad de un intervencionismo estatal mayor aún es algo común a todos los partidos demócrata-cristianos de América Latina: convencionalmente se atribuye ahora al Estado la tarea de garantizar la soberanía política y la dignidad de la nación en conjunción con las funciones de coordinar el desarrollo a todo nivel en vista de la debilidad de las instancias privadas. Es-

(22) Programa del Partido Liberal, en *ibidem*, págs. 205 y sigs.

(23) Programa de Principios del Partido Revolucionario de la Izquierda Nacionalista (1964), en *ibidem*, págs. 335-339.

(24) Tesis Política del Partido Comunista de Bolivia, en *ibidem*, págs. 459-463.

(25) A. CRESPO GUTIÉRREZ: «El Partido Social-Demócrata y el desarrollo nacional», en ROLÓN AYALA: *op. cit.* págs. 527-535.

(26) Declaración de Principios del Partido Demócrata-Cristiano de Bolivia (1964), en *ibidem*, págs. 551-553.

pecialmente en los terrenos de la educación, la planificación económica y la distribución de justicia social, los partidos demócrata-cristianos están convencidos de la necesidad de un aparato estatal eficiente y fuerte (27). También la democracia cristiana está empeñada, a escala continental, en una cruzada en favor de la modernización y del principio de rendimiento. Todas las tendencias importantes están hoy de acuerdo en implantar estos gérmenes de progreso hasta en los más remotos rincones del país, pues «tierras vacías no valen nada»; representando involuntariamente a un espectro de opinión muy amplio, el ex presidente argentino Arturo Frondizi afirmó que la industrialización debía llegar hasta la provincia más lejana (28).

Ante esta opción industrializadora, tan generalizada en sus planteamientos fundamentales y en la intensidad con que es mantenida, retroceden naturalmente todas las argumentaciones que no parezcan serle de función instrumental; como en estas naciones parece haber una población limitada en comparación con los grandes centros metropolitanos, y dado que todos los factores materiales tienen que manifestarse en grandes magnitudes para tranquilizar la conciencia colectiva utilitarista, el tamaño de la población debe ser tan grande como sea posible o, por lo menos, se debe trabajar contra todo proyecto de restricción del índice demográfico. En representación de líneas políticas muy divergentes, el ex presidente de Venezuela Rafael Caldera ha escrito: «Una tendencia hacia la limitación de la tasa de natalidad es particularmente extraña en un continente cuya población ocupa escasamente la mitad de su territorio, donde vastas y promisorias áreas esperan a ser colonizadas y donde los métodos que permiten el uso más productivo de la naturaleza, y que han sido empleados tan exitosamente en regiones densamente pobladas, no han sido intentados en gran escala» (29).

Al inspirador y organizador de la Democracia Cristiana en Bolivia, Remo Di Natale, le corresponde el mérito de haber expresado uno de los lugares comunes de la conciencia colectiva latinoamericana con una claridad inequívoca: la sobrepoblación no es ni siquiera una amenaza remota en América Latina, y, por tanto, debe cesar cualquier control de la natalidad como

(27) Cfr. EDWARD J. WILLIAMS: *Latin American Christian Democratic Parties*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1967, págs. 60, 123-126; *Congresos Internacionales Demócrata-Cristianos*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1957, *passim*.

(28) ARTURO FRONDISI: «Mensaje para veinte millones de argentinos», en E. CHANG-RODRÍGUEZ (comp.): *La América Latina de hoy*, Nueva York, Ronald Press, 1961, pág. 205.

(29) RAFAEL CALDERA: «Crucial Test for Christian Civilization», en WILLIAM MANGER (comp.): *The Alliance for Progress. A Critical Appraisal*, Washington, Public Affairs Press, 1963, págs. 29 y sig.

instrumento de desarrollo. La densidad general es muy baja en el continente; Argentina debería tener unos trescientos millones de habitantes con la densidad de Israel, que es considerada como ejemplar: «América Latina debe saludar jubilosamente la explosión demográfica porque, en los tiempos que corren, el horizonte presenta destellos de esperanza sólo a los países gigantes, y el primer requisito que ha de llenar el país que aspire a gigante es tener una población enorme» (30). El general Juan D. Perón, un conocido enemigo de todo control demográfico, se expresó «sólo» en favor de una población de cien millones de habitantes para Argentina (31).

Con pocas excepciones, las instancias estatales o los portadores de la responsabilidad política han mostrado escasa preocupación sobre las consecuencias de la explosión demográfica. Hay pocos casos de verdadera inquietud por las consecuencias a largo plazo, y éstos se encuentran generalmente en los países densamente poblados del área del Caribe: los gobiernos de Costa Rica, Colombia, la República Dominicana y El Salvador han iniciado programas de planificación familiar tendentes a frenar en algo los elevadísimos índices de incremento demográfico (32). Pero, aun en estos casos, se trata más bien de intenciones programáticas, las cuales son fuertemente diluidas dentro de la misma burocracia estatal, en los niveles que tienen que ver precisamente con su implementación. En los casos en los que no domina el desinterés —es decir, la tendencia a mantener las actuales pautas de comportamiento—, las reacciones oficiales se inclinan por la apología del crecimiento poblacional acelerado. En este sentido, las voces más ilustres han sido las de Argentina, Brasil y México, países preocupados por desempeñar el rol de potencias en ciernes en el concierto de naciones. Ha llamado la atención el hecho de que, pese a las diferencias ideológico-políticas, tanto estos países como otros de signo socialista hayan basado sus puntos de vista en conferencias internacionales sobre argumentaciones muy similares.

La gran mayoría de los países sostuvo durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Población Mundial (Bucarest, 1974), y en foros parecidos, que el problema principal de aquellos Estados es la pobreza y el sub-

(30) REMO DI NATALE: *América Latina hoy: esquemas populares democrata-cristianos*, Caracas, Nuevo Orden, 1964, págs. 23 y sig.

(31) JUAN D. PERÓN: *Doctrina revolucionaria*, Buenos Aires, Freeland, 1973, pág. 61. La apología de la población numerosa se halla ya en uno de los precursores del peronismo: RUIZ GUIÑAZÚ: «The Necessary Revolution», en JOSEPH BARAGER (comp.): *Why Perón Came to Power*, Nueva York, 1968, pág. 164.

(32) Una visión más diferenciada de la problemática, en V. X. EPSTEIN: «The Politics of Population in Latin America», en DAVID CHAPLIN (comp.): *Population Policies and Growth in Latin America*, Lexington, Heath, 1971.

desarrollo, lo que nadie pone seriamente en duda. Pero la bagatelización de la problemática empieza cuando se afirma seguidamente que:

- 1) la industrialización y, por tanto, el desarrollo acelerado resolverán por sí solos el problema demográfico, y
- 2) que los altos índices demográficos serían instrumentos de desarrollo y progreso.

El descenso de las tasas demográficas sería además un producto lateral concomitante de la industrialización (33). No sólo gobiernos socialistas, sino una gama muy amplia de regímenes apoyaron la tesis china de que la pobreza del Tercer Mundo estaría fundamentada exclusivamente por la agresión imperialista, que, con algunas variaciones terminológicas, sirve de un modo brillante para exculpar responsabilidades, como ya se indicó anteriormente. Esta inculpación del imperialismo por parte de la delegación china en la Conferencia de Bucarest fue apoyada por Argentina, Albania, Rumanía, Perú y los países francófonos al sur del Sahara; además de insistir en que la sobrepoblación no es un problema agudo, este grupo de naciones considera que el aumento rápido de la población es una gran fuerza pasiva para el desenvolvimiento social y económico del Tercer Mundo en base al potencial de fuerzas de trabajo y a la estructura de edad de la población. El crecimiento acelerado es también una forma de defensa contra las fuerzas del imperialismo. La validez meramente cuantitativa de las personas concretas y el tratamiento de toda la población como factores cuantificables en cálculos económicos y militares es el reverso de este pensamiento, que está igualmente fascinado —como el inculpatado imperialismo— por la necesidad de alcanzar éxitos materiales a corto plazo y a cualquier precio, intención que es encubierta por la fraseología revolucionaria y por algunos argumentos repetitivos evocados por la delegación china: «La creatividad de las masas es ilimitada», «la población sólo puede ser un factor positivo», «los recursos naturales son prácticamente inagotables», «todas las opiniones pesimistas son infundadas» y «el futuro de la humanidad es inmensamente brillante» (34).

(33) Cfr. J. LINHARD: «Bevölkerungsproblematik der Volksrepublik China» (La problemática poblacional en la República Popular China), en WERNER PFENNING/KLAUS VOLL (comps.): *Entwicklungsprobleme und Lösungsversuche in der Volksrepublik China, Maos Erbe im Widerspruch* (Problemas de desarrollo y ensayos de solución en la República Popular China. La herencia de Mao en controversia), Berlín Occidental, Dialogus Mundi, 1977, págs. 151 y sig.

(34) *Ibidem*, págs. 152 y sig. Para una visión general de la problemática ecológico-demográfica en el Tercer Mundo durante el período 1950-1974, cfr. YVES LAULAN: *Le*

La ortodoxia marxista-leninista en América Latina ha producido una argumentación muy similar. A todas las advertencias sobre la explosión demográfica se les atribuye un momento ideológico, como representación de los intereses políticos norteamericanos de mantener a los pueblos latinoamericanos en una dimensión reducida, y, por ende, libre de peligros, y como el intento de frenar a los movimientos de liberación nacional (35).

La opinión oficialista cubana acerca de las bondades de la técnica comparte la creencia generalizada en las posibilidades ilimitadas de la tecnología: nadie que tiene conciencia de la situación y sus problemas, sobre todo de lo que el hombre puede alcanzar con ayuda de la ciencia y la técnica, querría poner un límite al número de habitantes que pueden vivir en la Tierra (36). El optimismo cubano se caracteriza por su índole irreal y alejada de los problemas cotidianos de muchos países; en las tomas oficiales de posición en torno a la problemática demográfica se llega a aseverar que «nunca seremos demasiado numerosos», independientemente del número total, si ponemos nuestra inteligencia y nuestros esfuerzos al servicio de la humanidad, una humanidad que esté liberada de la explotación del hombre por el hombre (37). En la fraseología cubana se constata una tradicional inclinación por el voluntarismo y la retórica afirmativa y una tendencia a contrarrestar los «miedos irracionales» de algunos «apologetas del fin del mundo» con esperanzas tan irracionales como ingenuas.

Uno de los lugares comunes en la argumentación demográfica a nivel político es la ya mencionada comparación mecanicista con la situación en Europa o Israel, para sacar la conclusión de que la tasa de densidad en Latinoamérica resulta fundamentalmente «baja» y que, por tanto, debe ser aumentada fomentando las familias numerosas y evitando la planificación familiar, con lo que al mismo tiempo se reavivan conceptos morales tradicionalistas, esta vez bajo un ropaje patriótico y progresista. «El crecimiento de la población es una condición necesaria y favorable para el desarrollo de las sociedades», escribe Arturo Urquidi, uno de los «padres» de la reforma

Tiers Monde et la crise de l'environnement, París, PUF, 1974. Sobre cambios actuales de paradigmas en este terreno, cfr. J. MANUEL NAREDO: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI, 1987, págs. 339 y sigs.

(35) «Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de América Latina», en *América Latina: demografía, población indígena y salud*, vol. II, La Habana, 1968, págs. 15 y sig.

(36) *Ibidem*, pág. 55. Cfr. el enfoque global y bastante informativo en torno al período 1950-1970: DAVID CHAPLIN (comp.): *Population Policies and Growth in Latin America*, op. cit., cap. I.

(37) «Primera Conferencia...», *loc. cit.*

agraria boliviana, representando una opinión compartida por buena parte de la conciencia intelectual latinoamericana; «si la población latinoamericana está en proceso de crecimiento, tal fenómeno, en lugar de infundir pesimismo y alarma, debería más bien despertar entusiasmo como un hecho promisorio de perspectivas mejores para el porvenir». Finalmente, Urquidí califica el rápido incremento de la población como un «factor coadyuvante de su redención anticolonialista» (38).

Esta argumentación, que pone la población al servicio de un hipotético desarrollo, pasa sin ninguna mediación, y, por tanto, sintomáticamente, a lamentar el carácter atrasado de Latinoamérica y a deplorar la función —estimada como general y única— de productor de materias primas en que estaría «sumido» el continente; la «falta de industrialización» encabezaría la lista de los males contemporáneos del continente (39). Es evidente que esta constelación permite una sola meta ulterior de desarrollo, a cuyo servicio están las altas tasas propuestas de natalidad: «la industrialización plena y auténtica», es decir, la construcción de una industria pesada y no, por ejemplo, la instalación de una «mera» industria de automotores (40).

La negativa (tácita; pero, por eso, muchas veces más efectiva en la práctica) a la planificación familiar y a disminuir los índices de natalidad está generalmente unida a un ataque a las clases dirigentes latinoamericanas, a las que se les imputa principalmente el no haber dado el énfasis debido al desarrollo industrial y al proceso de fortalecimiento del Estado nacional. Se reconoce, por un lado, que la situación general es de miseria y hambre, pero se postula simultáneamente que el crecimiento de la población obligará más o menos a un desarrollo industrialista, único camino para salir de tal situación (41).

Esta extraña combinación de argumentos tradicionales y hasta reaccionarios con diseños de grandeza y procedimientos utilitaristas caracterizó la mayoría de los aportes oficiales latinoamericanos en las conferencias internacionales sobre asuntos demográficos. Estas contribuciones tienden a sugerir, primeramente, que el continente se halla totalmente marginalizado a escala mundial (para lo cual tienen necesariamente que acudir a los criterios de poder y prestigio instaurados por los centros metropolitanos) y que la solución residiría en una «revisión a fondo de las relaciones internacionales».

(38) ARTURO URQUIDÍ: «Latinoamérica y el 'crecimiento explosivo' de su población», en *Praxis*, vol. 1, núm. 1 (La Paz, mayo 1964), pág. 14.

(39) *Ibidem*, pág. 17.

(40) *Ibidem*, pág. 18.

(41) *Ibidem*, págs. 16-18.

les» (42). La solidaridad internacional entre las naciones del Tercer Mundo —una de las soluciones propuestas— se correlaciona con una negativa al control de la natalidad, por ser éste «fatalista» (43). Ahora bien: la fundamentación lógica de estas metas y de las declaraciones ideológicas concomitantes se destacan por una gran pobreza de argumentos racionales: no hay ninguna explicación analítica de en qué consiste la «fatalidad» de la planificación familiar, y sí, en cambio, aseveraciones tales como «el más valioso capital es el hombre», «seamos ante todo optimistas», «hay que respetar los derechos humanos» (44). Mario Moya Palencia, alto personaje del gobierno mexicano, escribió, repitiendo a Juan Bautista Alberdi, que «gobernar es poblar», para oponerse a todo programa de control demográfico (45).

En México, Argentina y Brasil, las instancias oficiales trataron, durante largo tiempo, de fomentar altos índices de natalidad para forzar el desarrollo hacia la posición de potencias considerables, suponiendo que una población numéricamente grande es un prerequisite ineludible de tal designio, aunque esta política, debido a los cambios de régimen y a los altibajos de la evolución económica, ha seguido una línea bastante irregular. En general, esta tendencia niega la existencia de un genuino problema demográfico, aduciendo como principal argumento la enorme extensión de tierras aparentemente vacías; el incremento de población es visto igualmente como un impulso que obliga, por su dinámica intrínseca, a cambios sociales favorables para el desenvolvimiento de la sociedad (46). En México y Argentina, por lo menos durante cierto tiempo, se utilizó además la práctica de declarar «burgués» e «imperialista» todo control de la natalidad, hasta que la situación económica empeorada obligó en ambos países a reducir la campaña pronatalista. A pesar de la moderación y de la falta de resonancia de las conferencias internacionales sobre asuntos demográficos, y pese a resoluciones bastante favorables al tenor general pro-natalista del Tercer Mundo, estas reuniones han sido duramente criticadas por la prensa de los países latinoamericanos. La Conferencia de Bucarest ha sido criticada en Colombia, por

(42) Cfr. M. MOYA PALENCIA: «El ser humano, objetivo de la política demográfica», en *Pensamiento Político*, vol. XVI, núm. 61 (México, mayo 1974), pág. 131.

(43) *Ibidem*, pág. 133.

(44) *Ibidem*, págs. 136 y 140.

(45) M. MOYA PALENCIA: «Una política demográfica para el desarrollo», en *Pensamiento Político*, vol. XIV, núm. 53, págs. 123-130.

(46) Cfr. D. CHAPLIN: *The Population Problem in Latin America*, en D. CHAPLIN (comp.): *op. cit.*, pág. 7; J. MAYONE STYCOS: «Family Planning and American Goals», en D. CHAPLIN (comp.): *op. cit.*, págs. 119 y sigs.; A. PORRAS MACÍAS: «El cambio demográfico y la planificación familiar», en *Pensamiento Político*, vol. XIV, núm. 55 (noviembre 1973), págs. 381-390.

ejemplo, como una sutil y malévolamente campaña de los anti-natalistas, como la obra de un grupo peligroso, oscuro y poderoso, aunque, por suerte, con poca eficacia. Los partidarios de bajas tasas de natalidad han sido calificados seguidamente como «creadores de la conciencia anti-niño» (47).

El mismo autor retoma un motivo muy caro a la conciencia colectiva del Tercer Mundo: la comparación entre la evolución en la India (con programas de regulación de natalidad, pero con una miseria ilimitada y creciente y sin una industria digna de llamarse tal) y la China (*aparentemente* sin tales programas de regulación, con un aceptable *standard* de vida y con altos hornos) (48). Los ataques convencionales al imperialismo son hábilmente combinados con motivos tradicionalistas como una crítica muy severa de los anticonceptivos, del aborto y del «libertinaje», generando aquella ideología destilada de puritanismo y laboriosidad tan cara a los revolucionarios industrialistas, que consideran el incremento acelerado de la población como un mero factor de desarrollo, basados en la fábula recurrente de que «todos los países desarrollados partieron de un crecimiento acelerado de su población» (49).

Los delegados de Brasil y Argentina se opusieron, durante la Conferencia de Bucarest, a cualquier plan encaminado a mantener bajo control los ritmos de natalidad, y abogaron, más bien, por una población mayor para su respectivo país, aunque esta argumentación haya quedado encuadrada siempre dentro de «la necesidad de tratar el problema de la población dentro del marco del problema general del desarrollo» y de «la reafirmación del principio de la soberanía inalienable de cada país y del principio de no admisión de interferencias directas o indirectas en materia demográfica» (50). Oficialmente, la decisión de abogar por una tasa creciente de natalidad es justificada por «la falta de armonía entre el crecimiento de la población y el desarrollo económico y social de los pueblos» (51), lo cual, en realidad, significa que las altas metas elegidas por los gobiernos para sus pueblos no pueden llevarse a cabo con poblaciones numéricamente bajas como las actuales de Argentina y Brasil. La posición argentino-brasileña fue apoyada por un buen número de Estados latinoamericanos y africanos (entre ellos Argelia)

(47) JULIO SILVA-COMENARES: «El terrorismo demográfico», en *Arco*, núm. 165 (Bogotá, octubre 1974), págs. 14 y sigs.

(48) *Ibidem*, pág. 19.

(49) *Ibidem*, págs. 15, 17 y sig. y 22.

(50) Cf. el artículo «Papel dirigente de la Argentina en la Conferencia Demográfica», en *El Cronista Comercial*, Buenos Aires, 20 agosto 1974.

(51) *Ibidem*; cfr. el artículo «Argentina y Brasil adoptarán radical actitud en Bucarest», en *El Cronista Comercial* de 28 de agosto de 1974.

y por la República Popular China. Otro grupo de países, especialmente asiáticos, como India, Indonesia y Bangla-Desh, propugnaba un tratamiento prioritario del problema del crecimiento demográfico acelerado y, en el fondo, un control de los altos índices de natalidad.

En este debate es sintomático el hecho de que los partidarios de un control del índice de natalidad basen su argumentación en datos empíricos y en estudios científicos, mientras que los adictos del crecimiento demográfico incesante se apoyan en motivos emocionales y en llamados al preconsciente mediante la sugestión de fantasías de poderío y grandeza. Los que propugnan esta última línea proclaman, sin poder presentar nunca una prueba seria, que el crecimiento demográfico es «una fuente inextinguible de creatividad y un importante factor de progreso»; al mismo tiempo que rechazan, indignados, el término «explosión demográfica», califican los altos índices de natalidad como un «problema transitorio» y no como una de las características permanentes de nuestro tiempo (52).

Es, por otra parte, paradójico que algunos gobiernos latinoamericanos se manifiestan por un incremento poblacional acelerado aduciendo la escasa población actual y la inmensidad de los recursos naturales no explotados, cuando simultáneamente en los propios países existan fenómenos como hambre, desnutrición, falta de viviendas adecuadas y hacinamiento urbano muy elevado. Es, por ende, legítima la duda de si la alimentación, la vivienda, la asistencia médica y la educación para las poblaciones adicionales estarían medianamente aseguradas; en vista de los esfuerzos muy débiles de esos gobiernos por solucionar los mismos problemas para la población ya existente, se impone la idea de que el bienestar de los habitantes concretos no es asunto que cause demasiada preocupación a las instancias oficiales y sí, en cambio, la ampliación del poder estatal y del poderío económico. Entre los móviles de los natalistas está indudablemente la intención de ejercer más influencia dentro de su área geográfica aledaña.

Durante mucho tiempo, la opinión oficial y la que prevaleció en la conciencia colectiva en México fue también la de oponerse a toda medida de contención demográfica usando los argumentos ya muy conocidos: «No debemos limitar el ritmo de la natalidad, sino elevar en todos sus niveles nuestra capacidad productiva» (53).

(52) Artículo «Aval a la posición argentina en la reunión sobre población», en *El Cronista Comercial* de 24 de agosto de 1974. Una obra de gran difusión vinculó en forma muy exitosa todos estos lugares comunes pro-natalistas con una ideología verbalmente revolucionaria: ANGEL FUCARACCIO y OTROS: *Imperialismo y control de la población*, Buenos Aires, Periferia, 1973.

(53) SERGIO NOVELO: «Crecimiento demográfico: desafío al desarrollo económico

Indices demográficos elevados han sido largamente considerados como la «manifestación del progreso material, higiénico y social» (54); la explosión demográfica ha sido calificada de «eclosión de vida» (55). La base de esta argumentación es, como en tantos otros casos, la supuesta riqueza del territorio mexicano para poder alimentar a una población muy superior a la actual, aunque no se dan pruebas empíricas que respalden esta aseveración. La solución de todos los problemas se vio, igualmente, en un crecimiento demográfico acelerado concomitante con un desarrollo económico rápido (56). El control demográfico fue considerado únicamente como una manera de dominar a los países pobres (57).

El ex presidente mexicano Luis Echeverría se distinguió durante mucho tiempo por ser uno de los campeones de los altos índices de natalidad, hasta que la gravedad de la situación le hizo reconsiderar sus posiciones. En su mensaje al Congreso, el 1 de septiembre de 1973, Echeverría hizo ya un llamamiento a reconocer la gravedad de la situación creada por una tasa de crecimiento situada entre las más altas del mundo, que daría como resultado una población de 135 millones de mexicanos para el año 2000, admitiendo que dotarles con alimentación, vivienda, trabajo y educación iba a ser un arduo problema. La Ley General de la Población y su Reglamento (promulgación en noviembre de 1976) refleja esta situación, aún ambivalente entre la subordinación del desenvolvimiento demográfico al desarrollo económico y los temores surgidos del altísimo índice de natalidad. El texto de la ley contiene sobre todo un número elevado de generalidades muy difíciles de traducir en medidas con fuerza legal, entre ellas la igualdad de varones y mujeres, el derecho de cada persona a decidir de manera libre, responsable e informada sobre el número y espaciamiento de los hijos y el contemplar el fenómeno demográfico dentro de los objetivos del desarrollo económico y social, con el fin de elevar la calidad de la vida de los mexicanos. En las disposiciones sobre planificación familiar se indica su carácter indicativo y el deber de proporcionar información general e individualizada a toda la población. Los principios rectores de la nueva ley son descritos como el respeto a los derechos humanos, a las libertades, a la idiosincrasia y a los valores culturales de la población mexicana, por medio de lo cual se introduce la

y social», en *Polémica. Reflexiones sobre temas sociales de México* (Órgano teórico y doctrinario del PRI), vol. 1, núm. 3 (julio-agosto 1969), pág. 7.

(54) *Ibidem*, págs. 8 y sig.

(55) *Ibidem*, p. 13.

(56) *Ibidem*, págs. 10, 13 y 17.

(57) AARÓN SEGAL: «Los ricos, los pobres y la democracia», en *Comercio Exterior*, vol. XXIII, núm. 4 (abril 1973), pág. 355.

posibilidad de fomentar las pautas tradicionales de comportamiento que prevalecen a este respecto en el preconsciente colectivo (58).

Una posición negativa al control de la natalidad y el temor de una limitación eventual del «potencial humano» han caracterizado el tenor general de la Segunda Conferencia de América Latina sobre Problemas de la Población, que sesionó en México en marzo de 1975 y que se redujo fundamentalmente a responsabilizar al «imperialismo» de todos los problemas del desarrollo latinoamericano.

También en los Estados relativamente más pequeños de América Latina existió una preocupación similar por mantener alta la tasa de natalidad como instrumento de desarrollo. En Bolivia, la Comisión Especial para el Estudio de los Problemas de Inmigración dictaminó en 1974: «Nuestro país no puede ni debe aceptar un control de población, ya que, por el contrario, requerimos de un mayor potencial humano para nuestras futuras actividades agrícolas e industriales, para afirmar nuestra soberanía en territorios alejados de los grandes centros de gobierno y para crear un mercado interno de consumo seguro para los productos industrializados» (59). La opinión pública boliviana está igualmente fascinada por el ejemplo de los países con gran población, «que tienen más fuerza y peso», como China y la India, lo que compensaría en parte la falta de desarrollo tecnológico moderno (60). Asimismo, los sectores de la iniciativa privada se pliegan a la idea de que el país necesitaría una población y una densidad demográfica mucho mayores para cumplir con sus designios de evolución histórica, a lo que contribuiría el desarrollo ilimitado de la tecnología contemporánea (61). El gobierno boliviano ha negado su concurso a los programas de control de la natalidad aduciendo que el carácter cristiano de la sociedad boliviana impide tales prácticas; otros argumentos en este sentido son la poca población en términos absolutos, la baja densidad demográfica, la «preservación de los derechos de las mujeres y las madres», la paternidad responsable y el respeto a los derechos de la pareja (62). El gobierno boliviano, por otra parte, no ha perdido ocasión en manifestarse contrario al «anti-natalismo» y en remarcar

(58) Cfr. el artículo «Expide LE el reglamento de la Ley General de la Población», en *El Heraldo de México* de 17 de noviembre de 1976.

(59) «Informe de la 'Comisión Especial para el Estudio de los Problemas de Inmigración' del gobierno boliviano», en *Presencia*, La Paz, 10 de diciembre de 1975.

(60) Cfr. el artículo «Persona humana y población», en *Presencia* del 18 de octubre de 1974.

(61) F. D. LUCAS: «El control de la natalidad», en *Presencia* del 23 de abril de 1975.

(62) «Boletín Oficial del Gobierno», en *Presencia* del 23 de abril de 1975.

el carácter cristiano y católico de las grandes mayorías nacionales, cuyos sentimientos no debían ser transgredidos (63).

La opinión pública boliviana propugna una «política demográfica agresiva» para superar la condición de «país subpoblado», con vastas regiones que no pueden ser explotadas por falta de recursos humanos. La «vertebración» del país sería posible únicamente con tasas relativamente altas del incremento demográfico. Se toman por positivos los índices demográficos de Brasil, Colombia, México y Perú, que están entre los más altos del mundo, estableciendo una curiosa correlación entre estas altas tasas y la expansión económica en aquellos países: el progreso comprobable en esos Estados sería un efecto directo del acelerado crecimiento poblacional, argumentación que pasa por alto intencionadamente todas las consecuencias concomitantes de la evolución en esos países (64).

Al debate sobre crecimiento y control de la población debe la Iglesia católica en Latinoamérica un mejoramiento notable de su posición, debilitada por el avance de la modernidad, acompañado por una aureola de progresividad política. La Iglesia ha sido la institución que se ha manifestado durante más tiempo y con el mayor énfasis contra un control de las tasas de natalidad, para lo cual no sólo ha utilizado razones teológicas y dogmáticas, sino también, y en medida creciente, argumentos políticos y económicos que, intencionadamente, han tenido un efecto lateral «anti-imperialista».

En marzo de 1975, al comenzar la Conferencia Latinoamericana sobre la Población, los obispos bolivianos han lanzado por medio de su organización, una enérgica condena a todo programa de restricción de la natalidad, y han acusado a los organismos internacionales de «fines egoístas de dominio internacional» (65). Las Naciones Unidas y organizaciones afines han sido inculpadas de preservar el bienestar de los países ya desarrollados, de mantener extensas áreas del mundo como reservas de materias primas, de «condenar el futuro de los países pobres, privándoles del elemento vital de su supervivencia: la población». Se trataría de una «agresión internacional con todas las características de un genocidio moderno» (66). El documento eclesialístico propugna, como todos los similares en Latinoamérica, «la paternidad responsable», aduce comparaciones mecanicistas para aseverar la baja den-

(63) Declaraciones del presidente, general Hugo Banzer, en *Presencia* del 2 de octubre de 1976.

(64) Cfr. el artículo «Demografía y desarrollo», en *Presencia* del 29 de octubre de 1974.

(65) «Carta del Episcopado boliviano sobre natalidad», en *Presencia* del 11 de marzo de 1975.

(66) *Ibidem.*

sidad poblacional en Bolivia y echa la culpa de todas las miserias en las periferias mundiales a las naciones altamente industrializadas. Movimientos laicos, pero muy cercanos a la Iglesia católica, como el Movimiento Familiar Cristiano en Bolivia, ensayan, no sin éxito, la popularización de estas ideas, no demasiado cristianas, mezclándolas hábilmente con argumentos que ponen a la familia numerosa en un nexo causal con un potencial económico amplificado y con la concepción de una soberanía nacional consolidada (67). La Iglesia católica brasileña se ha opuesto a todo plan de contención de la natalidad con el argumento de que tales planes serían una «previa condena a muerte» de la población respectiva (68). En todo caso, estos recursos a los sentimientos colectivos derivan su fuerza de combinar el elemento emotivo con los deseos preconscientes de poderío y prestigio nacionales.

La supuesta densidad baja de la población latinoamericana es considerada como responsable para algunos aspectos de la realidad latinoamericana, que en la conciencia colectiva utilitarista han adquirido un tono fundamentalmente negativo. Entre estos aspectos se halla la existencia de zonas casi despobladas, «campos no ocupados» y «recursos no explotados». El problema argentino es descrito, por ejemplo, como la falta de una población adecuada para ocupar efectivamente su territorio, explotar eficazmente sus recursos y poder realmente dominar su propio espacio (69). Ante estas metas no cabe, evidentemente, ninguna consideración de orden ecológico y ningún cuestionamiento del *standard* de vida que lleva la población actual y que llevaría la población incrementada.

En medio de esta atmósfera de impaciencia por el desarrollo y de la creencia generalizada en los vastos y desocupados territorios del Nuevo Mundo, las palabras de Galo Plaza, ex secretario general de la Organización de Estados Americanos, encuentran un notable eco: «[...] se evidenció que las normas ambientales de los países desarrollados no pueden ser aplicadas a los países en vías de desarrollo. Es necesario que cada país establezca sus propias prioridades y metas en relación con los problemas del medio, a la luz de sus valores culturales y sociales y su nivel de desarrollo económico. Los países ya desarrollados deben comprender que aquellos países empeñados en un esfuerzo denodado por mejorar el bienestar de sus pueblos y profundamente preocupados por los problemas de desarrollo tienden a con-

(67) Sobre el Movimiento Familiar Cristiano, véase *Presencia* del 20 de junio de 1975.

(68) Cfr. *Presencia* del 11 de enero de 1975.

(69) R. MARCENARO BOUTEL: «El crecimiento», en la sección «Los recursos humanos en crisis», en *La Opinión* (Buenos Aires, 14 de sept. de 1976), pág. VIII.

siderar las medidas de riguroso control del medio como un lujo que no pueden darse» (70).

Estas declaraciones ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano (Estocolmo, 1972) reflejan el tenor general que ha reinado en América Latina y en la mayoría de los países del Tercer Mundo sobre la problemática ecológica. En cuanto a la trivialización de los riesgos ecológicos y al optimismo tecnológico, se pudo observar en aquella conferencia una similitud que no es casual entre las delegaciones de los regímenes sociopolíticos más diversos, pero preocupados todos ellos por el desarrollo acelerado, como la identidad de puntos de vista de los representantes de Brasil y China. El delegado brasileño, Miguel A. Ozorio de Almeida, expresó un sentimiento generalizado al insistir en el carácter de lujo de las concepciones ecológicas y conservacionistas, al calificar todos los peligros provenientes del desequilibrio como algo infundado (por no estar probados todos los momentos de peligro «exhaustivamente») y al postular poblaciones mucho mayores para los países del Tercer Mundo, hasta llegar a un «óptimo» apropiado (que no es definido) (71). La delegación del Ecuador declaró que el deterioro del medio ambiente es provocado más por la falta de desarrollo nacional que por los efectos de desarrollo, mientras que un delegado brasileño declaró que quedaba mucho por contaminar en el Brasil, al contrario que en los países industrializados; con tal de desarrollarse, Brasil podría convertirse muy bien en un importador de contaminación (72). Este delegado explicó la posición oficial brasileña, indicando que el desarrollo económico en términos cuantitativos es la precondition del desarrollo social

(70) GALO PLAZA: «Discurso ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio humano», en *Américas*, vol. 24, núm. 9 (sept. 1972), pág. 3. El cambio de paradigmas a partir de 1980 aproximadamente, con respecto a la concepción de progreso histórico y metas normativas de desarrollo, ha tenido una saludable influencia crítica sobre instituciones e ideas, abriendo nuevas perspectivas al debate ecológico. Sobre esta temática, que rebasa el marco del presente ensayo, cfr. el número monográfico de la *Revista de la CEPAL*, núm. 12 (diciembre 1980); ENZO FALETTO/GONZALO MARTNER (comps.): *Repensar el futuro. Estilos de desarrollo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1986.

(71) M. A. OZORIO DE ALMEIDA: «El mito del equilibrio ecológico», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXVI (enero de 1973), págs. 26 y 28. De modo sumario se indica aquí que han existido también opiniones muy diversas a éstas entre los países del Tercer Mundo durante la Conferencia de Estocolmo, pero que estaban en minoría dentro de los grupos regionales correspondientes. Los delegados de Senegal y del Zaire, por ejemplo, expresaron la necesidad de considerar las consecuencias ecológicas en cada proyecto de desenvolvimiento industrial (cfr. los testimonios en YVES LAULAN: *op. cit.*, págs. 31 y sig.).

(72) Y. LAULAN, *op. cit.*, pág. 29.

cualitativo. Se deben dedicar los esfuerzos a proyectos de carácter social sólo en cuanto su consecución no afecte al desarrollo en sí mismo; en otras palabras: «El desarrollo no debe ser afectado desfavorablemente por los cuidados a veces exagerados por la preservación del medio ambiente» (73).

En un modelo analítico ha expuesto Ozorio de Almeida el conflicto de objetivos entre el desarrollo económico de un lado y la conservación del medio ambiente por el otro. El autor sostiene que la responsabilidad por la preservación del medio ambiente aumenta como una función dependiente del desarrollo económico. Esta responsabilidad alcanza su máximo en las naciones ya industrializadas y su mínimo bajo las condiciones de una economía estancada. En conclusión: los Estados latinoamericanos tienen una responsabilidad ecológica muy incipiente, que aún no les obliga a nada serio (74).

Esta argumentación tiene una buena porción de elementos ideológicos: se parte *a priori* del pensamiento de que la responsabilidad ecológica es una mera función derivada del desarrollo económico, en lugar de que sea la conclusión del análisis, con lo cual queda predeterminada la dirección de los argumentos; es decir, de minimizar las responsabilidades en el período de edificación de la industria, sugiriendo simultáneamente que la responsabilidad ecológica brota cuando se tiene ya el monto deseado de industrialización. Se trata, evidentemente, de una justificación del intento de minimizar gastos considerados como superfluos durante el proceso acelerado de modernización y de crear al mismo tiempo el consuelo de que a lo largo de aquel proceso van surgiendo responsabilidades por la conservación de la naturaleza, lo cual no está apoyado por los datos empíricos disponibles. La tal responsabilidad ecológica permanece, aun en las economías más evolucionadas, como una cuestión de pequeñas minorías, y toda esta preocupación se ha originado cuando los daños a la naturaleza eran ya muy grandes e imposibles de ser ocultados a la opinión pública.

La argumentación de Ozorio de Almeida sirve, en realidad, para tranquilizar la conciencia colectiva y para sugerir una especie de solución natural que quite todo peso a las críticas de parte de los ecologistas. En el mismo sentido funcionan los razonamientos de los pensadores católicos, que

(73) *Ibidem*, pág. 30.

(74) M. A. OZORIO DE ALMEIDA: *Economic Development and the Preservation of Environment*, Working Paper, núm. 3, Secretariat of the United Nations Conference on the Human Environment, Ginebra, 1971, *passim*. Sobre el posterior cambio de paradigmas en el pensamiento sociopolítico brasileño, más favorable a planteamientos ecológicos, cfr. ROBERT A. PACKENHAM: «El cambiante pensamiento político en el Brasil, 1964-1985», en *Revista Occidental*, vol. 4 (1987), núm. 3 (= 13), págs. 223-269.

se acogen a las semiverdades de la interconexión entre la problemática económico-social y el incremento demográfico, defendiendo tal nexo como si los ecologistas lo negaran consecuentemente (75). El objetivo subyacente a todo este debate es primordialmente una industria desarrollada y una población numéricamente considerable, y el temor es que cualquier consideración ecológica pueda frenar esta evolución, confundir a los buenos ciudadanos en sus deberes patrios y dar la más remota importancia a aquellos que relativizan el valor intrínseco del crecimiento económico. Las corrientes principales del pensamiento católico no están excluidas de estas preocupaciones. El arzobispo de Sucre, cardenal Clemente Maurer, escribió al presidente boliviano, general Banzer, que sería el gobernante de «un país despoblado y débil» si en Bolivia se introducían métodos para controlar el índice de natalidad (76).

(75) Cfr. el artículo «La explosión demográfica no es el origen del subdesarrollo», en *Presencia* del 25 de septiembre de 1974.

(76) «Carta del cardenal Maurer al presidente Banzer del 1 de octubre de 1976», en *Presencia* del 2 de octubre de 1976.